

chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

# EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los toma y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

## ADVERTENCIA.

EL CASCABEL admite suscripción para provincias á 2 reales al mes y 6 por trimestre, y se publicará, por ahora, cinco veces al mes, remitiéndose puntualmente á los suscritores de provincias el mismo día de su publicación en Madrid.

Los pedidos de suscripciones vendrán acompañados de su importe en sellos ó libranzas, no sirviéndose los que carezcan de esta condición y se dirijan al editor, calle de Jardines, núm. 11, librería.

Todos los libreros quedan autorizados para recibir suscripciones.

Agotada la edición del primer número de EL CASCABEL, y siendo muchas las personas que piden ejemplares, hemos hecho una segunda, y desde hoy se venden los números á dos cuartos en la administración, calle de Jardines, núm. 11, y en las principales librerías.

## EL CASCABEL.

### LA GENTE QUE PASA POR LA CALLE.

Como EL CASCABEL anda por la calle, y se para en las esquinas, y sale al paso de todos los transeuntes, y EL CASCABEL es un poco observador, ha fijado su atención en la gente que pasa por la calle, y cree, sin pretender ser infalible, poder adivinar qué casta de pájaro es cada persona, dónde va, en qué piensa y hasta cuánto dinero lleva en el bolsillo.

Colócase EL CASCABEL en la esquina de la calle de la Montera, y empieza á verlas venir, las personas, que no las cartas, y á tomar apuntes para la colección de retratos que piensa presentar, con la ayuda de Dios, á sus lectores; y tan parados, que ha de llegar tiempo en que los maridos, en vez de llevar á sus mujeres á casa del fotógrafo para obtener su imagen, han de traerlas á que las retrate EL CASCABEL, y los Gobiernos han de encargarlo también los retratos de los hombres célebres, y los electores los de los candidatos, y los suscritores de los periódicos han de comprarle los de los periodistas, y las mujeres casaderas los de los hombres casaderos, y de esta manera ha de llegar, gracias á EL CASCABEL, á conocerse todo el mundo, á conocerse todos como si nos hubiéramos parido unos á otros. (No se escandalicen de este giro los académicos Nocedal y Canete.)

Basta de prosa, y vamos á ver qué gente anda por la calle.

El primero que se presenta es un hombre de mediana edad, con el traje descuidado y el sombrero inclinado hácia los ojos, que al desembocar por la esquina de la calle de la Montera se detiene, y dirige una curiosa mirada al reloj del ministerio de la Gobernación. Son las once: nuestro hombre empieza á pasearse por la acera de la Puerta del Sol, desde la esquina de la calle de la Montera á la de la de Preciados. Sin dejar de mirar á la puerta del ministerio, saca una petaca contemporánea de la entrada de los franceses en Madrid, en cuya tapa, no en la tapa de los franceses, sino en la de la petaca, está cruzado de brazos Napoleón el grande; échase tabaco en la palma de la mano, lo lia en un papelito, se guarda la petaca y se acerca á pedir la lumbre á un mozo de cordel que está oyendo á un compañero que lee el *Pueblo*. — «¡Me deja V. un momento el periódico?» dice nuestro tipo al mozo de cordel, y coge el papel y empieza á leer, exclamando de vez en cuando: — «¡Tiene razón! — ¡Picaros! — ¡Chúpate esa!» Pero en esto llega un coche al frente de la puerta del ministerio; nuestro hombre lo vé, suelta el periódico y sale á escape hácia la acera de enfrente, á tiempo que sueltan una manga de las de riego, y no el que ahorcaron, y le caen encima como unos treinta cuartillos de agua, que le ponen como chupa de dómene y le detienen en su camino.

Este transeunte es un pretendiente, y la personificación de que al perro flaco todas son pulgas. Hoy le cae encima el agua de la manga de riego, mañana le morderá un perro que le vea correr, y otro día le atropellará un coche. Este transeunte no lleva dinero en el bolsillo, solamente lleva papeles, y esos mojados.

Veán ustedes qué señora tan recompuesta dobla ahora la esquina de la calle de la Montera; lleva el velo echado, no podemos descubrir su semblante, pero el aire es de lo más distinguido y elegante. En dirección opuesta viene un señor bien vestido, buen mozo, aunque ya blanquean sus cabellos, y al pasar al lado de la señora esta le mira, y él la mira también, y ambos siguen su camino, diciendo aparte él: «¡Mi mujer!» y ella: «¡Mi marido!» — Este es un matrimonio bien avenido, porque ella anda por un lado y él por otro, y no riñen jamás. Se separaron y no han vuelto á unirse: ambos se consideran libres, y en verdad que él y ella no pueden ser mas libres. Todo el mundo sabe la situación de este matrimonio, pero ni él ni ella se inquietan por eso.

Ahora atraviesa la Puerta del Sol un hombre verdaderamente hermoso, alto, grueso, colorado, con el pelo rizado, vestido á la *derniere* y con un aire de importancia y suficiencia, ni mas, ni menos que si fuera el Preste Juan de las Indias ó el gran Tamorlan de Persia. Este transeunte va de visita: las mañanas las emplea en visitar mujeres, digo, señoras; luego se le vé en el paseo mas concur-

rado, y por la noche en el Teatro Real, donde entra siempre cuando ya ha comenzado el acto, y tarda un cuarto de hora en sentarse, en tumbarse, mejor dicho, en la butaca. — Este transeunte es buen mozo de profesión; para mantenerse y vestirse cuenta con el dinero que gana á sus amigos al *elijan* ó al *entrés*; hay algunas viejas que le consideran un real mozo, y él se ha propuesto hacer fortuna por medio de las mujeres. No hay duda que lo conseguirá, es *buen mozo*, y no tiene vergüenza. El mejor día sabrán ustedes que se ha casado con unos cuantos milloncos.

Con la tristeza en el semblante, el traje descuidado y dos niños de la mano, viene ahora una señora, que aun es joven y bella, pero con la belleza del dolor y del sufrimiento. De repente su semblante se anima, en sus ojos brilla un rayo de cólera y en sus labios se dibuja una sonrisa de desprecio: es que ha visto venir un caballero hablando con otro; aquel la mira un momento y vuelve inmediatamente la cabeza, y prosigue en su conversacion, diciendo á la persona que le acompaña: «Desengañese V., la relajacion de las costumbres es grande, y solo hombres como nosotros podemos...» — La joven esclama: «¡Infame!» y mira con dolor infinito á los niños, que no pueden adivinar que á su lado acaba de pasar su padre, encareciendo la relajacion de las costumbres.

El transeunte que viene ahora es viejo ya, y no hace mas que mirar al cielo; detiénese en la Puerta del Sol, y allí se está hasta que es hora de ir á la sesion de córtés: este transeunte es un político y astrónomo de callejuela. No habla mas que de política y de sus observaciones astronómicas: él sabe siempre lo que va hacer el Gobierno, y cuándo va á llover ó á nevar; no hay para qué decir que nunca acierta sino por casualidad. Este transeunte lleva siempre en el bolsillo dos cuartos para *La Correspondencia*, y un número de este periódico, que considera el mas útil y curioso de todos.

(Se continuará, si agrada á los señores.)

## REVISTA DE MADRID.

AL SEÑOR DIRECTOR DE EL CASCABEL.

Al entrar esta mañana por la elevada ventana, los rayos del sol esplendido en mi elevada mansion,

Recorde que en este día pide á la indolencia mia tu novísimo periódico una triste obligacion.

Y este formal compromiso cumplir bien era preciso aunque me faltaba el animo

y asunto de qué tratar.

Quedé un instante suspenso pensando que ni por pienso (la palabra es algo equívoca)

sabría cómo empezar. Con rubor lo digo, al cabo de mi atroz pereza esclavo, disculpándome esta epístola vergonzosa te escribí:

«Director del alma mía, me encuentro con pulmonía: no puedo escribir... etcétera. Ruegue usted a Dios por mí.»

Y mi suerte maldiciendo y de mi conciencia huyendo, pronuncie el ¡manana! gráfico de todo fiel español.

Y encendiendo el cigarrillo mas malo del estancuillo, cogi cigarros y fósforos y fuíme a tomar el sol.

Entré primero en un templo y vi, ejemplo tras ejemplo lo que es la existencia efímera de la triste humanidad.

Vi que una mujer y un hombre se daban el tierno nombre de esposos, con dulces lágrimas de amor y felicidad.

Vi con qué tierno cariño bautizaba un cura a un niño, que una pobre anciana trémula sostenía con amor.

Y la vi después llorando salir del templo exclamando: «¡No tiene padre!—Protéjele, y sé su padre, Señor!»

Vi luego en lujosa caja, envuelto en una mortaja, el cuerpo inerte de un prójimo que llevaban a enterrar.

Vi colocarla en un carro menos fúnebre que charro, y vi un numeroso séquito detrás del carro marchar.

Y detrás de aquel finado vi salir otro, llevado en hombros de cuatro apéndices borrachos... a su salud.

Y cuando me vi en un potro fué cuando vi salir otro, conducido por dos zanganos en un prestado ataud.

Sali del templo mohino, y me vi entre un torbellino de gente que la bucolica compraba para vivir.

Todo era allí grésca y broma, y gritos, y daca y toma, y algún argumento ad hominem, y entrar volver y salir;

Todo risas, sustos, voces, votos, blasfemias y coces, y un punzante hedor sulfúrico, y un desconcierto infernal;

Y criadas mal criadas, y doncellas requembradas, chicos y perros famélicos, vendedores sin bozal,

Vindas a menos venidas, y criadas despedidas, caballeros de las órdenes de la garduña y del dos;

Y alguaciles perdigueros, y maridos comineros, y ciegos y paralíticos que iban pidiendo por Dios.

A la fin, de tumbo en tumbo logré proseguir mi rumbo, sin rumbo fijo metiéndome por las calles de Madrid.

Y al entrar en la primera

(la de la Paz creo que era)

vi a dos desenvueltas sílfides sostener sangrienta lid.

Y entre voces y chillidos, carcajadas y silbidos decirse frases insólitas propias de la situación; hasta que viniendo un guapo dió a cada cual un sopapo, y a una de los dos llevándose puso fin a la cuestión.

Luego, en la famosa puerta, para todo vago abierta, vi jubilados sin júbilo

y mineros sin metal; Y corredores parados, y cesantes, empleados

en hacer donosas cabalas para alivio de su mal.

Pude admirar la destreza con que su carrera empieza mas de un dispuesto discípulo de la cuadrilla del dos; y ver mujeres muy bellas, y hombres muy feos tras ellas, y no pocos viejos cócoras, de buenas mozas en pos.

Vi coches atropellando a todo prójimo andando, y ciegos cantando cáusticas coplas contra la moral; y, al son de un bombo y un pito,

vi con dolor infinito tres vergonzantes acróbatas saltar con trabajo y mal.

Vi tanto que no sería suficiente todo un día para contarte, ¡oh carísimo! todas las cosas que vi.

Así, pues, aquí hago punto sin encontrar otro asunto de Revista, que este farrago a que pongo fin aquí.

Lo peor y lo mejor.

(Lebrilla.)

Ser marido de una bella que no tenga pretensiones, y tener cuatro millones para gastarlos con ella, por su amor y con su amor, es lo mejor.

Ser marido de una hermosa que de hermosura presume, y el dinero nos consume, y liviana y caprichosa nos la pega a lo mejor, es lo peor.

No ser de ningún partido de los que la patria infestan, y al sentir lo que nos cuestan, sentir que todos han sido y serán a cual peor, es lo mejor.

Ser filósofo profundo y serlo de buena fé, y buscar el medio de poder mejorar el mundo, que no puede ser mejor, es lo peor.

No saber hacer comedias y saberlas arreglar, y arreglar sin descansar dramas, zarzuelas, tragedias, y pasar plaza de autor, es lo mejor.

Tener a los treinta años pesar de haberlos vivido y querer dar al olvido engaños y desengaños, y otros excesos de amor, es lo peor.

Vivir sin otro cuidado que el cuidado de vivir y no tener al morir

recuerdo de lo pasado, ni pesares, ni temor, es lo mejor.

Tomar por lo sério cosas que nunca pueden ser serias, llorar humanas miserias, que son miserias forzadas, y morir a lo mejor, es lo peor.

Pasar la vida riendo de los que viven llorando, y como vienen tomando los tiempos que vamos viendo y esperar... otro peor, es lo mejor.

Tener amores con Juana, Paz, Inés, Rita y Dolores, tirar con tantos amores la vida por la ventana é ignorar lo que es amor, es lo peor.

LA CONSULTA.

He leído en un antiguo autor chino que, hacia el año 570 antes de la era vulgar, Cem-Su, discípulo de Confucio, había establecido en uno de los principales barrios de Pekin un hospicio de un género especial, en el cual era admitida toda persona atacada de alguna grave enfermedad moral de que deseaba curarse. Esta casa, como todos los hospitales, estaba dividida en diferentes departamentos, en los que cada enfermedad se clasificaba y trataba separadamente.

Habia, pues, la sala de los avaros, la de los ambiciosos, la de los aduladores, la de los envidiosos, etc., etc. El doctor Cem-Su hacia todas las mañanas la visita, prescribía a sus enfermos los remedios y el régimen convenientes, y los devolvía a la sociedad cuando consideraba completa su curación.

Reflexionando sobre la utilidad de semejante establecimiento, me había ocurrido abrir uno del mismo género; ya tenia redactado el prospecto, pero en el momento de ir a realizar mi proyecto, del cual no había visto primero mas que las ventajas, he tocado los obstáculos que se oponian a la realizacion, y me he contentado con empezar modestamente, dejando para mas adelante la creacion del hospital.

Sucede con las enfermedades del alma lo que con algunas del cuerpo; que quien las padece las oculta a todo el mundo, y aun a sí mismo, y no se le confiesan al médico, y se recurre las mas de las veces para curarlas a empiricos y charlatanes, a quienes se vá a consultar con el mayor misterio. Los empiricos tienen todos, segun ellos mismos, un talento maravilloso, un amor inmenso a la humanidad doliente, una discrecion a toda prueba, y un desinterés sin límites. Hé aqui los doctores que me he propuesto imitar, y pues pretendo lo mismo que ellos, no parecerá extraño que me anuncie con la misma modestia que ellos usan.

Después de un profundo estudio de la anatomia moral, y cincuenta años de esperiencias clinicas en las cuatro partes del mundo, he llegado a conocer todas las enfermedades del corazon humano, y he compuesto un tratado de Patologia del alma, en el que están clasificadas todas sus afecciones morbificas, sus sintomas, sus principios y sus remedios. Si me preguntan con qué derecho ejerzo la ciencia y donde están mis títulos, responderé que he tomado mis títulos en la escuela de Plutarco, de Séneca, de Moliere, de Cervantes, de Quevedo, de La Bruyere, y tengo sobre todos mis hermanos en medicina una ventaja que apreciarán muy especialmente mis enfermos, la de que puedo equivocarme sin peligro de la vida del paciente.

En consecuencia, acabo de abrir en mi casa un gabinete de consulta gratuita, donde recibiré desde las doce de la noche en adelante, las personas de cualquier sexo, de cualquier país, y de todas condiciones que quieran honrarme con su confianza. No quisiera que se me confundiese con esos curanderos

que, sin otro examen sin mas guía que una rutina vulgar, distribuyen á todos un mismo específico; prevengo, pues, que solo juzgando por la edad, el carácter, la educación y las costumbres del enfermo, y despues de haber seguido la marcha de los pronósticos y diagnósticos de la enfermedad, es como decidire el tratamiento.

Los establecimientos del género del mio, no necesitan para prosperar ni de los encomios de los periódicos, ni de carteles en las esquinas; nunca se regatea el precio de las cosas que no cuestan nada, y en el mundo cuando no se va á perder si acaso mas que el tiempo y los pasos, nadie se niega á hacer este sacrificio. Gracias á la palabra gratis, y á las precauciones misteriosas de mi consulta, tengo la certeza de que estará muy concurrida, y ya puedo dar á conocer los primeros resultados.

El primer enfermo que recibí era un hombre de aspecto vulgar en demasia, que me preguntó con cierto aircillo impertinente:

—¿Es usted el que tiene secretos para curar las enfermedades del alma?

—Sí, señor, le dije.

—Pues será usted un sabio si me cura.

—Sepamos qué es lo que usted tiene.

—Tengo cien mil reales de renta, continuó, metiendo las manos en los bolsillos y haciendo sonar las monedas que llevaba; puedo darme todos los placeres y todo el lujo que quiera; gozo de completa salud en lo físico; soy soltero, y estoy, por consiguiente, libre de todo disgusto doméstico; tengo muchos amigos, porque tengo mucho dinero, y todo el mundo me adula y me festeja. Pues bien, ¿cómo es que con todo esto soy el hombre mas desgraciado del mundo?

—Antes de responder á usted, le dije, acabaré su confesion, que no es completa. Sin ser lo que se llama avaro, es usted interesado; no estima usted mas que el dinero; no vé usted nada mas allá de los negocios y variaciones de la Bolsa; se queja usted de las circunstancias, y les debe su fortuna; falta de sentido, carece usted de sensibilidad; falta de gusto, lo halla usted todo insípido, y se finge usted descontento de todo, y está usted fastidiado siempre para tener algun carácter á los ojos de los demás; en una palabra, usted padece la enfermedad que se llama *tedio*, que en usted tiene su origen en el *egoísmo*. Puede usted curarse con la receta siguiente.

**Receta:** una mujer joven, bonita, y que no sea tonta ni tenga dote, y una de dos, ó hará un cielo ó un infierno de la casa de usted; en cualquier caso huirá de usted el *tedio*. Añádase á esto hacer todo el bien que usted pueda, y hallará usted placeres nuevos de que no se cansará nunca, como son la presencia de los desgraciados que deban á usted su subsistencia, su agradecimiento y la satisfacción que hallará usted en su propia conciencia.

—Probaré, me contestó indiferentemente el enfermo; y ya iba á escribir mi receta, cuando viéndolo en el reloj la hora, cogió el sombrero y salió, diciendo que tenía una cita para una jugada de Bolsa que habian de hacer él y otro el día siguiente; y no podía detenerse.

Llegó despues una señora, que me hizo un gracioso saludo, y se sentó, levantándose el velo con cierto rubor. Precisos eran mis ojos de viejo para descubrir el paso del tiempo en aquel rostro, y distinguir entre sus atractivos los que el arte disputaba á la naturaleza.

Me dijo que era viuda hacia algunos años (diez y ocho lo menos), de un oficial muerto en la guerra; que un año despues se había casado con un médico, que se murió á los diez meses, y que algunos despues habia contraído nuevas nupcias con un comerciante; viuda por tercera vez, se habia cansado de buscar en el himeneo la estancia, objeto de todos sus deseos. Me confesó que en amor no habia sido mas dichosa, dotada á la vez de un corazón sensible y una cabeza muy ligera, experimento, me dijo, la necesidad de un amor duradero, y el dolor de no poder fijarme; paso mi vida en buscar un amor que me con venga, y en conocer que ninguno me conviene; no

tengo mas que caprichos, y no sueño mas que con amores eternos.

Aquella pobre señora casi lloraba confiándose sus padecimientos, y suplicándome hiciera cesar en ella la eterna lucha de lo bueno y lo malo. Hicela comprender, lo mas discretamente que me fué posible, que era un poco tarde para oponer un dique al torrente, cuando ya se ha inundado la llanura; que todo lo debia esperar de la acción del tiempo, y que era preciso tuviera paciencia para sufrir un mal que ya no podia durar mucho. Me dió gracias con cierto despecho, y añadió con tono irónico que no era extraño que prodigase yo tanto los beneficios del tiempo, cuando tenia tanto ya sobre mí.

Despues que se marchó esta señora, que tan graciosamente me había llamado viejo, entró un hombrecillo bajo, seco, de rostro lívido, con los ojos hundidos, y cuyos párpados carnosos parecian hechos para evitar la luz.

—«Vengo á buscar, me dijo, un remedio á los males que sufro, y de que nadie, sino quien los sufre, puede formar una idea.

—Dígame usted los efectos y yo daré con las causas.

—Nacido con talento, he tenido la desgracia de admirar lo que es grande, de conocer lo que es bueno, pero por una fatalidad muy notable, no puedo dejar salir de mi boca una sola palabra en elogio de un ser vivo, sin experimentar una especie de estrangulación que detiene mi voz. En boca de los demás, los elogios que no se dirigen á mí, me hacen un daño horrible. Sobre todo en el teatro los días de estreno, es donde los paroxismos de esta cruel enfermedad se manifiestan con mas violencia; si la obra que se representa tiene éxito, el ruido de los aplausos, hace en mí el efecto de un líquido en un hidrófobo; algunas veces quiero vencerme y aplaudir como los demás, pero mis brazos se entorpecen, y no puedo por mas que hago, llegar á juntar las manos, y mucho menos á dar con una en otra. Esta contraccion de los músculos de mis brazos, se comunica, no sé cómo, á los de mi cara, y produce una union de los labios, de la que resulta una respiración penosa, la cual produce un sonido agudo semejante á un silbido.

—Me ha dicho usted, bastante, le dije; desgraciadamente es mas fácil caracterizar que curar la enfermedad que usted padece, y que se llama *envidia*; es un vicio orgánico, no conozco remedio alguno, pero puedo indicar á usted un medio de alivio. La causa del mal es la mezcla de hiel y bilis que tiene usted en el corazón; es preciso, como en las enfermedades humorales, abrir una fuente para que salga en parte el humor, aunque no desaparezca nunca.

—¿Y cuál es ese medio?

—Hágase usted crítico!

Seguiré dando cuenta de las enfermedades que tenga el gusto (¡vaya un gusto!) de observar en mis noches de consulta.

El CASCABEL da las mas sinceras gracias á los periódicos políticos que han anunciado su aparición en los términos mas lisonjeros; y procurará en lo sucesivo merecer la benevolencia de todos ellos, á quienes igualmente respeta y estima.

CASCABELES.

El drama *Lances de Honor* está declarado malo por personas muy competentes, y por el público que paga, que no la ha querido ver, por mas que la empresa ha hecho para que lo vea. Esto no quita para que el autor sea un escritor de talento, que ha hecho y hará cosas mejores, pero tiene por amigo al señor Cañete, crítico eminente, que compromete y pone en un brete á cualquiera de sus amigos, cuando se mete á defenderle.

Si sepan ustedes que el señor Cañete se ha propuesto hacer creer que el drama es bueno, haciendo el papel de aquel amigo de D. Eleuterio en el *Café*. El CASCABEL es un pobrete y un zoquete, al lado del señor Cañete, y daría un cachete á quien negara la competencia del señor Cañete; pero en esta ocasion es preciso que le espete al señor Cañete este consejete:

Si quieres que te respete el que tus escritos lea, que justo imparcial te vea, y no te vea Cañete.

—Estoy resignada, decia una gran señora á las personas que rodeaban su lecho de muerte, y no quiero penar ya mas que en el cielo; solo me preocupa la idea de si me tocará estar en el cielo, cerca de la gente de clase baja, á la que nunca he podido sufrir, y me parece que tambien suele tener entrada allí.

—No tenga usted cuidado, señora, le respondió su criada; mientras piense usted eso, no ereo que entrará usted en el cielo.

¿No tendremos el gusto de leer este año los luminosos é imparciales artículos musicales del señor Goizueta, acerca de la compañía y las funciones del Teatro Real?

Si el citado crítico quiere favorecer con ellos El CASCABEL, ya sabe que está á su disposicion.

Solamente nos permitiremos poner notas á sus artículos, y tratándose demúsica, las notas no estarian demás.

Los periódicos dan gran bombo á la *Nueva Infantil*, sociedad de actoritos chiquirrititos, que representan comeditas y zarzuelitas bastante malitas.

Como creemos todo lo que dicen los periódicos, no negaremos ni el mérito de los niñitos comiquitos, ni la conveniencia de la *Nueva Infantil*.

Bueno es que viva todo el mundo.

La censura ha prohibido un drama del señor Diaz, titulado *Virtud y libertinaje*. El señor Diaz no se ha conformado con el parecer del señor Ferrer del Rio.

¿Cómo se ha de conformar con el parecer del señor Ferrer del Rio, que es un hombre solo, aunque de él podian hacerse cuatro ó cinco regulares, si no se conforma tampoco con el del público, á quien no pueden agradar las tremebundas escenas que inventa y la politiquilla con que sazona sus obras, amén de lo escabroso de los asuntos que elige?

Díganlo sus dramas *Beltran*, aquel en que en el último representaba el teatro un cementerio, y *Siempre mártir, nunca reo*, obra de costumbres políticas trasnochadas y de malas costumbres de todo género.

Por lo demás, celebraremos que el jurado que ha de resolver este asunto, resuelva la aprobacion del drama, que no queremos que un autor dramático pierda su trabajo, y mucho menos tratándose de un autor que no figura en el presupuesto.

Vá á publicarse en esta corte un periódico con el título de *La Razon española*.

El CASCABEL creia que la razon no tenia patria, pero por lo visto se ha equivocado.

Anúnciase una nube de periódicos nuevos, que van á ver la luz pública; luz para todos hay, suscripciones son las que no se encuentran fácilmente.

A Juan, que iba á casarse con Felisa, le cogió un caco y le dejó en camisa.

La *sábía Providencia*, de esta suerte nos advierte el peligro en que estamos nos advierte.

El señor Dacarrete ha traducido una comedia francesa y la ha titulado *El tapete verde*.

El Cascabel ha leído el original de esa comedia, que se titula *Le démon du jeu*, y le parece que no ha de gustar gran cosa en España.

Esto le dice al señor Dacarrete, con permiso del señor Cañete, el Cascabel.

CHARADITA.

Primera y segunda es chispa y nombre de una alimana, y nombre que algún baboso le suele dar a su dama: la tercera es un carnero o ternera, o buey o vaca, es frase prima y tercera de idioma que no se habla, mitad de una muletilla que los periodistas sacan al ver los tiempos que corren y ciertas cosas que pasan: la primera es repetida una deidad de la Fábula, y el todo es quien hoy por hoy tiene mas gracia en España.

La Academia esp. ñola ofrece un premio al autor de la mejor novela que se le presente.

Diga V., ¿y serán jueces para decidir del mérito de las obras que se presenten Cañete, el marqués de Anón, Cutanda, Gonzalez Brayo y Nocedal?

Claro que sí, como que son académicos.

Pues entonces, no será El Cascabel quien presente novela ninguna, y eso que para ponerse al lado de los novelistas que andan por ahí, no se necesita mucho que digamos.

En efecto, esceptuando cuatro o cinco autores que escriben novelas con sentido común, los demás podrian darse todos por uno medianito.

Esto no quita que cada cual se crea un Cervantes por lo menos.

La Epoca ha pasado a manos del señor Mañé, es decir, que la Epoca es del señor Mañé.

Todos los hombres tienen su época, solo que la mayoría por inocentes la dejan pasar sin aprovecharse de ella.

El señor Mañé es, según han dicho muchas veces los periódicos, periodista distinguido, eminente, ilustrado etc., etc. Creemos, pues, creyendo como artículo de fé, lo que del señor Mañé han dicho los periódicos, que ha llegado la Epoca del señor Mañé.

D. Heriberto Garcia de Quedo, diplomático, y de la comisión de presas en Paris, ha llegado a Madrid.

Pues si es cierto que Heriberto ha llegado de Paris, ya es segura mi ventura, y salvose ya el país!

Pedimos encarecidamente al Gobierno, ó a sus delegados persigan, como es de ley, a los curanderos que todos los dias anuncian remedios para enfermedades, que los mejores médicos, por la naturaleza de las mismas, no pueden curar sino a fuerza de tiempo y cuidado, y que aquellos se comprometen a curar poco menos que en minutos.

Que presenten sus títulos, que den garantías su-

ficientes de competencia, puesto que se trata nada menos que de la salud y la vida de los incautos que acuden al reclamo de esos nuevos Dulcamaras.

El Cascabel es un periódico de broma, pero también se pondrá serio cuando el caso lo requiera. Una paletá asistia la otra noche a la función del Teatro Real, acompañada de varios paisanos suyos. Cada vez que salia el coro y cantaba, exclamaba: ¡Miste qué graciel por qué somos de pueblo cantan todos a la vez para acabar mas pronto.

El presidente de un tribunal preguntaba, según costumbre, a un testigo si tenía algun parentesco con el acusado.

Señor, no lo sé, respondió el testigo, porque yo soy de la Inclusa.

REGALO

Los compradores de El Cascabel. El Cascabel, agradecido a la buena acogida que ha merecido del ilustrado público, ha acordado regalar hoy a cada comprador dos trajes completos de señora, que a hinguin comprador le faltará a quien dárselos, trajes de última moda, según El Correo de la Moda.

Si alguno aprovecha los modelos y compra los trajes, sírvase decirnos cuanto le han costado, para que tengamos la satisfacción de saber el valor de nuestro regalo, que no nos hemos detenido a preguntar. Y ahora ponemos a continuación la descripción de los trajes, solo faltan los trajes que cada uno puede comprar con su dinero ó con el ageno, que esto les importa poco a los comerciantes y a las modistas.

1.º TRAJE DE RECIBIR. De recibir visitas, dinero y declaraciones de amor. Vestido de glasé blanco adornado con rizados de la misma tela, felpillas y madroños color de oro.

Falda guarnecida en el bajo y los costados por retales de rizado ancho de la misma tela, orillados de felpilla y plegados por el centro en cangilones; entre uno y otro va un cuadrille de felpilla, con madroños en las dos orillas inferiores.

Cuerpo de escote cuadrado, adornado de felpilla y madroños, con peto abierto por delante y postillon liso y redondo por detrás; un cuadrille con madroños ocupa el espacio que media entre ambos petos.

Manga corta, con felpilla y madroños al borde, y un cuadrille en el centro.

Camiseta alta de tul, con entredoses y cuello de eucaje, y mangas largas de tul con entredoses y puño; cofiata de cinta color de oro.

Peinado de bandos ondulados y retorcidos hacia abajo; desde las sienes los rizos se continúan en trenza, que va a formar por detrás lazo muy bajo, y un encaje chantilly va prendido a lo María Stuard, con las puntas recogidas en forma de moña.

2.º TRAJE DE PASEO. Vestido de seda habana oscuro, con un volante de encaje guipure colocado a grandes ondas, al que sirve de cabeza otro encaje mas estrecho de crochet ejecutado con torzal.

Abrigo de terciopelo azul, ceñido al talle, guarnecido en el bajo de un ancho encaje guipure. Un adorno de pasamanería figura ancho cuello; cinturón Figaró; hombreras y vueltas en las mangas; el adorno del talle y mangas va además guarnecido de madroños, y gruesos cordones parten del delante y se reúnen en el talle por detrás, terminando en largas lazadas. Sombrero de terciopelo azul, con bayolet de glasé blanco, ribeteado de terciopelo azul; bajo el ala lleva

un grupo de plumas negras y azules, y sobre el ala, cerca de la copa, un lazo blanco, cuyas puntas se prolongan en bridas, y en su centro otro grupo de plumas, del que desciende un fleco de las mismas plumas que oculta la copa.

TEATROS

El drama Los Miserables, escrito sobre la novela de Victor Hugo, padre, por Carlos Hugo, hijo, parece hecha con el propósito de desacreditar la obra de aquel célebre escritor. Es el tal drama una colección de escenas sin hilación ni interés, ridiculas e inverosímiles por demás. El público las oye con indiferencia, y los que no hayan leído la novela y hayan visto el drama, no formarán muy buen juicio de aquella. En el mundo siempre se quieren sacar las cosas de su quicio; el drama Los Miserables se ha escrito para dar bombo a la novela, y lo que ha sucedido es que la novela pierda mucho y no gana nada con el drama.

La ejecución de este drama en el Circo nos ha demostrado una vez más que Arjona es un buen actor, y que algunos otros del mismo teatro son menos que medianos.

La zarzuela Una tia en Indias es un arreglo de Fanchonette, ópera cómica francesa muy bonita, que el traductor ha tenido el deplorable tino de hacer por demás pesada y enfadosa; escrita en vulgarísima prosa, con chistes averiados y tontearias de gran calibre; esta obra no ha despertado ningun interés; la música, por otra parte, no ha hecho favor ninguno al libreto, y nos parece que con dificultad hubieran podido unirse dos autores tan iguales como el de la traducción y el de la música.

La zarzuela en un acto La doble vista, arreglo de la piocccita de Scribe, Le Lorgnon tuvo buen éxito, y lo celebramos. En este teatro de la Zarzuela se preparan muchas obras nuevas; lo que falta es que sean buenas; se preparan una pieza bilingüe, las zarzuelas en tres actos Don Juan de Peralta, La Circasiana, ¿Eran dos? ¡Pues ya son tres! La conquista de Madrid, Los diamantes negros, y otras que irán saliendo.

Romea en el teatro de Variedades recorre el repertorio, mientras vienen las obras nuevas. Parece que este teatro tiene mucho abono, y que la aristocracia lo ha elegido punto de reunion las noches que no haya ópera. Nos alegramos, y allá iremos, siquiera por rozarnos con la aristocracia.

El teatro del Príncipe continúa explotando Los Polvos de la madre Celciana. Es el señor Catalina un empresario que lo entiende, y parece querer disputar los adjetivos activo e inteligente al señor Salas, propietario hasta ahora de esas dos honrosas calificaciones.

En el Teatro Real se han cantado El Barbero y Semiramis Ya hablaremos de este teatro.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Jaén, núm. 19.